



C Como niños recién nacidos, ansiad la leche espiritual, no adulterada, para que con ella vayáis progresando en la salvación. Aleluya.

Con estas palabras, tomadas de la primera carta del apóstol Pedro, se inicia este domingo segundo de Pascua la celebración eucarística.

Esto hace que, tradicionalmente, se le llame de «**Quasi modo**», por el canto de entrada en su versión latina «*Quasi modo géniti infantes, rationábiles*»; también «*In albis*» por alusión a las blancas vestiduras de los neófitos que habían recibido en la vigilia pascual y, en este día, dejaban.

Por expreso deseo de san Juan Pablo II el 30 de abril de 2000, día de la canonización de la religiosa polaca santa Faustina Kowalska (1905-1938), pasó a denominarse «*Domingo de la Divina Misericordia*».

Sin embargo, no podemos olvidar que las referencias bautismales que tiene son evidentes. Es la ocasión para que el cristiano reviva su memoria de bautizado; para profundizar

este misterio del que participa. Orígenes y Gregorio Magno dirán para tener una percepción correcta de él «*digna intellegentia*». Es lo que se pide cada año en la oración colecta: comprender mejor este inconmensurable misterio, aunque no podemos olvidar que, para entrar en él cada vez más plenamente, necesitamos «*auge gratiam*»; es decir: que se acreciente en nosotros «*los dones de su gracia*».

Es esta gracia la que lleva al bautizado, como afirmará Tertuliano en su obra «**De Baptismo**», a echarse en brazos de la Iglesia-nueva Eva formada del nuevo Adán dormido en la cruz- y que se ha convertido en su madre. Ella, de Cristo, lo ha engendrado en la fuente del bautismo y de ella recibe, como niño recién nacido, la leche que lo alimenta: la Palabra de Dios y la Eucaristía, que lo con-



vierte en miembro de una gran familia. Clemente de Alejandría concluye su «**Pedagogo**» con un himno en el que dice: «*Oh, Jesucristo, leche celestial que mana copiosamente de los dulces pechos de tu bendita esposa... Reúne en torno tuyo a tus hijos*

en su sencillez, para que te celebren santa y valerosamente con inocentes labios a Ti, Cristo, guía de los niños».



Por otro lado, la palabra familia proviene del latín «*fames*» que significa hambre: la familia está formada por miembros que comen en la misma mesa, bajo el mismo techo, parten el mismo pan. Las señales de identidad de la familia cristiana, que es la Iglesia, las podemos encontrar en la lectura segunda:

1º Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios.

2º El cristiano, por el bautismo, ha nacido de Dios y vive la vida de un hijo de Dios.

3º Esta nueva vida consiste en amar a Dios y a los demás. La primera lectura, tomada de los Hechos de los Apóstoles, concreta los rasgos que ha de tener este amor: poner lo que se tiene en común a fin de que nadie pase necesidad. Lo que antaño parecía insignificante cobra un gran valor, otras que importaban, de repente aparecen como secundarias.

«*Este es el día en que actuó el Señor sea nuestra alegría y nuestro gozo*». Del sepulcro de Cristo surge una manera de vivir nueva.



El gozo de la pascua es lo que empapa todo este salmo 117, de ahí que sea el propio de este tiempo.

Dos frases llenas de significado

Cuando el cristiano, en sintonía con la voz orante de Israel lo canta, siente una emoción particular. Dos expresiones de este salmo resuenan en el Nuevo Testamento con una tonalidad nueva.

- La **primera**. *“La piedra desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular”* (v. 22). Esta expresión es citada por Jesús que la aplica a su muerte y resurrección. (cf. Mt 21,42). También este texto es recordado por Pedro en los Hechos de los Apóstoles: *“Jesús es la piedra, desechada por vosotros los constructores, y que se ha convertido en piedra angular. En ningún otro hay salvación”* (4, 11-12).
- La **segunda**. *“Bendito el que viene en el nombre del Señor”* (v. 26). Fue utilizada, por la multitud del pueblo, en la entrada solemne de Jesús en Jerusalén. La aclamación está enmarcada por un *“Hosanna”* que significa

“¡sálvanos!”.

Una hermosa antífona abre y cierra el texto: *“Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia”*.

La palabra *“hesed”* designa la generosa fidelidad de Dios hacia su pueblo elegido y amado.

El salmo nos enseña a rememorar la fiesta con alegría y a celebrarla juntos. La experiencia de debilidad en la que se manifiesta el poder de Dios, tanto a nivel personal como eclesial, le lleva a decir a San Agustín: *“pensaban que la Iglesia de Cristo debía morir y, sin embargo, ahora canta las obras del Señor. Amando venció la ferocidad de sus perseguidores”*.

La alegría pascual es una chispa de alegría eterna. Sigue diciendo el santo obispo de Hipona: *“Una vez en el cielo, ¿qué cantaremos? ¿qué diremos sino: ‘Tú eres mi Dios yo te ensalzo?’*

No le alabaremos con el sonido de las palabras; será el amor el que nos unirá a él para elevar tal grito. Por tanto, es lógico que el salmo termine la alabanza con las mismas palabras con las que comenzó: “Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia”. La alabanza de Dios es lo más saludable para llenar de alegría nuestro corazón.



Así que: **siempre Aleluya**”.

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

Domingo II de Pascua



A los ocho días... Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: —«Paz a vosotros».

Luego dijo a Tomás:

—«Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente».

Contestó Tomás:

—«¡Señor mío y Dios mío!».

Jesús le dijo:

—«¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto».